

para haber elevado al retórico de Tagaste y de Cartago, al disipado de Roma y de Milán, hasta la silla episcopal de Hipona, y hasta la muerte enfrente de los vándalos! ¡Potente debes ser, amor irresistible de María, cuando hundiste á Rancé en la Trapa; é hiciste colgar la espada á Loyola el bravo, al audaz soldado de Pamplona!

¡Callad, menguados impostores! ¡Cuanto digáis os protesto que es mentira! ¡No hay amor tan eficaz sobre la tierra, como el amor potente de María, como el amor irresistible de la madre nuestra!

Mi débil cabeza y mi corazón estrecho se confunden y anonadan. No puedo explicarme cómo en pechos humanos formados de lodo, en corazones de escoria llenos sólo de miseria y ruindad, quepa tanta abnegación.

Lo que es por nosotros mismos, abandonados á nuestro propio peso, en verdad que somos de un egoísmo que aterra. Daríamos mejor la cabeza de un semejante, que un centavo de nuestra fortuna; veríamos morir de sed á nuestro hermano y no le daríamos un sorbo del agua de nuestro vaso. Los pobres son moralmente la persona de Jesucristo, y según la expresión feliz de un escritor:

“¡Qué injusticia, qué barbarie! ¡Muchos alimentan espléndidamente á sus perros, y dejan morir de hambre á su Redentor!” No lo dudéis: el corazón humano abandonado, al peso de su maldad, se hunde hasta lo más profundo.

Y sin embargo, este mismo corazón mísero y ruín, tan luego como lo hiere el amor de María, que aunque no se confunde, no puede separarse del de Dios, se transforma en un mar de abnegación, y no hay sacrificio tan grande que de él no se sienta capaz.

¿Qué cosa hay en la tierra tan amada ni tan verdaderamente amable, que no se la hayamos ofrecido ó sacrificado á María? ¿El oro? Con él le hemos levantado templos hasta cubrir la redondez del mundo. ¿Pedreras? Como soles brillan en sus diademas y vestiduras. ¿La salud? Hermanas de la Caridad y misioneros á millares, han sido heridos por el ala de la peste y mutilados por el plomo y el acero de las batallas. ¿Familia, hogar, bienes y honores? Abandonado y despreciado los han ya los anacoretas al hundirse en el desierto, los monjes al encerrarse en sus conventos, y las vír-

genes al marchar al claustro. ¿Poder y gloria? A millares han puesto bajo sus piés, trofeos los héroes, los reyes coronas y los Pontífices tiaras. ¿Vida y sangre? A torrentes derramaron la suya en nuestros hermanos mayores allá en el Circo, y en presencia de aquellos Emperadores monstruos y aquellas cortesanas disolutas, que contemplaban atónitos la impavidez de su fé!

No me habléis de amor ni de abnegación. No hay, no ha habido, no puede concebirse amor más abnegado que el que los humanos profesan á María, á la Virgen María, la reina y Madre de los anacoretas, de los misioneros, de las vírgenes y de los mártires. Amor que al dar la vida, cree dar tan poco como si diera nada, ¿decidme, es un amor abnegado? ¿Mayor abnegación, puede siquiera concebirse?

El amor á María es el más universal, el más intenso, el más abnegado de la tierra. La gloria humana es el amor de los hombres. María, el sér en sí mismo y humanamente considerado menos glorioso, es, sin embargo, la más alta, la más esplendorosa, la gloria más sublime de la tierra. Explicadme este portentoso singular. Si María es

realmenté la Madre de Dios, no me expliquéis entonces nada. Lo comprendo todo. Es el prodigio constante, el perenne milagro que un Hijo Omnipotente obra en favor de una Madre amada; es María reinando al lado de Jesús sobre la vasta creación. Mas si María no es la Madre de Dios, mi razón entonces no alcanza á explicar un hecho que sería un prodigio: un portentoso imposible, sin causa y sin objeto. Mi razón, sin explicar semejante milagro de absurdidad, sí podría fallar que la humanidad que así cree y así ama, es loca, y que esta también demente la humanidad que la tolera, Un Dios que tal error consintiera, no sería un Dios de verdad, y de consiguiente no sería Dios.

María es real y verdaderamente la Madre de Dios ó Dios no existe, la humanidad está demente y los hombres todos no somos más que unos imbéciles. No intentéis en vano buscarle medio á la disyuntiva. La sombra más ligera de duda, es una insensatez, un crimen y una blasfemia.

¡Humanidad mísera, de rodillas ante la Madre de Jesús! ¡Humanidad ingrata y

depravada, de hinojos y en el polvo ante tu Madre!

¡Perdona, Madre, si hemos profanado tu gloria radiante como el sol, al quererla demostrar! Mas son amargos los tiempos que vivimos y recio sopla el vendabal de la impiedad. La razón humana, esa pigmea contrahecha quiere levantarse contra Tí y morder tu calcañal, como en otro tiempo la serpiente. La razón humana, ese harapo de nuestra antigua vestidura, caído en el lodo; esa esclava envilecida del error; esa meretriz y cómplice del vicio; quiere eruirse insolente, se encabrita ya, y quiere tascar el freno como un potro salvaje. ¡A esa razón desatentada y loca, domarla debe la razón humilde, que á la luz camina de la sacra antorcha de la fe cristiana!

Perdona, Madre, si hemos profanado tu gloria al demostrarla. Lo que es nosotros no necesitamos otra prueba de tu sér, tu gloria y poderío, que el mismo profundo amor que te tenemos. Sin Tí, no queremos ni el oro, ni el poder, ni la fortuna ni el amor. Sin Tí, ¿de qué sirven la espada, la pluma ni el pincel? ¿De qué sirven sin Tí, ni una palabra ardiente, ni un pensamiento

en brasas, ni un corazón de fuego? Sin Tí, no nos alegra ver montañas altas, turbios mares, apacibles lagos ni violentos rios. Sin tu amor no bastan la ternura incomparable de una madre anciana, el corazón sensible de una esposa amable, ni la tersa frente para cubrirla de besos, de una hija pequeñuela de cabellera profusa, y de cabeza angelical, movable y perfumada. Sin tu amor, amargo nos sería el pan que nos sustenta y amarga el agua que bebemos. Sin tu amor ¡oh Madre! odiosa nos sería la existencia, y nos sería la vida el infierno horrible de la tierra

¡Si demostrarte no, amarte sí sabemos! Mira si en verdad te amamos. De tu pureza, Madre, de tu gloria y poderío, de tu misericordia inagotable, de tu dignidad incomprendible de Madre de Dios; de tu reinado sin fin y al lado de tu Sacrosanto Hijo en los cielos, la tierra y los infiernos; de todo, y á la faz de todos, respondemos con... la cabeza y con el alma... es cuanto tenemos!

¡Oh! ¡cómo llena esta prueba y regocija nuestro corazón de hombres, de hijos y de cristianos!. ¡Madre, Madre, en verdad te amamos con el alma!

¡ Si por temor dejara nuestra lengua de alabarte, con los dientes nos la arrancaríamos, para escupirla en el cieno por cobarde! ¡ Si dejara ingrato nuestro corazón de amarte, abriéndonos el pecho con las uñas, de allí lo arrancaríamos á pedazos, por in-mundo y por infame!



## DISCURSO

pronunciado

EN LA ASAMBLEA GENERAL  
DE LA SOCIEDAD CATÓLICA DE MÉXICO

el 8 de Diciembre de 1873.

---